





LOS
IN-
SOSPECHABLES



EL HOMBRE QUE SABÍA JAVANÉS
Y OTROS RELATOS

vanilla planifolia

LOS IN- SOSPECHABLES

DIRECCIÓN LITERARIA
Philippe Ollé-Laprune

DIRECCIÓN EDITORIAL
Rodrigo Fernández de Gortari

DISEÑO DE PORTADA
Tres laboratorio visual | Jorge Brozon Vallejo

TRADUCCIÓN
Ma. Auxilio Salado Pérez

1ª edición: septiembre de 2019

TÍTULOS DE LAS EDICIONES ORIGINALES:

Clara dos Anjos (1911): “Um especialista”, “O filho da Gabriela”, “A nova Califórnia”, “O homem que sabia javanês”, “Um e outro”, “Miss Edith e seu tio”. *Histórias e sonhos* (1920): “Cló”, “Um músico extraordinário”, “A biblioteca”, “Lívia”, “Clara dos Anjos”, “Uma vagabunda”, “Dentes negros e cabelos azuis”, “A cartomante”. *Marginália* (1919): “A doença do Antunes”, “Porque não se matava”, “Numa e a ninfa”.

D.R. © *Lima Barreto pesimista*, Antonio Arnoni Prado, 2019

D.R. © *Todos los colores del negro*, Rafael Toriz, 2019

D.R. © 2019, Vanilla planifolia, S.A. de C.V.

ISBN: 978-607-98172-1-3

www.vanillaplanifolia.com | info@vanillaplanifolia.net

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Este libro fue traducido y publicado gracias al / *Este livro foi traduzido e publicado graças a* Programa de Apoio à Tradução e à Publicação de Autores Brasileiros no Exterior del Ministério da Cidadania do Brasil | Fundação Biblioteca Nacional.



MINISTÉRIO DA CIDADANIA
Fundação BIBLIOTECA NACIONAL

MINISTÉRIO DA
CIDADANIA



Agradecimientos:

Gustavo Pacheco, Joca Reiners, Paula Abramo, Nicolás Gómez, así como a Bruno Thebaldi y Fabio Lima de la Fundação Biblioteca Nacional (FBN).

IMPRESO EN MÉXICO | PRINTED IN MEXICO

EL HOMBRE QUE SABÍA JAVANÉS
Y OTROS RELATOS

A. H. DE LIMA BARRETO

PRESENTACIÓN | RAFAEL TORIZ

SELECCIÓN Y NOTA INTRODUCTORIA
ANTONIO ARNONI PRADO

TRADUCCIÓN | MA. AUXILIO SALADO



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
<hr/>	
TODOS LOS COLORES DEL NEGRO RAFAEL TORIZ	
NOTA INTRODUCTORIA	23
<hr/>	
LIMA BARRETO PESIMISTA ANTONIO ARNONI PRADO	
RELATOS	29
<hr/>	
UN ESPECIALISTA	31
EL HIJO DE GABRIELA	29
NUEVA CALIFORNIA	57
EL HOMBRE QUE SABÍA JAVANÉS	69
UNO Y OTRO	81
MISS EDITH Y SU TÍO	93
CLÓ	107
UN MÚSICO EXTRAORDINARIO	121
LA BIBLIOTECA	129
LÍVIA	141
CLARA DE LOS ÁNGELES	147
UNA VAGABUNDA	159
DIENTES NEGROS, CABELLO AZUL	165
LA VIDENTE	175
LA ENFERMEDAD DE ANTUNES	177
POR QUÉ NO SE MATABA	185
NUMA Y SU NINFA	191



RELATOS



EL HOMBRE QUE SABÍA JAVANÉS¹

EN UNA CONFITERÍA, CIERTA VEZ, CONTABA A MI AMIGO CASTRO las malas pasadas que yo le había jugado a las convicciones y a las respetabilidades para poder vivir.

Hubo incluso una ocasión, cuando estuve en Manaos, en que fui obligado a ocultar mi condición de bachiller, para que confiaran más en mí los clientes que afluían a mi despacho de hechicero y adivino. Era eso lo que yo contaba.

Mi amigo me escuchaba callado, embebido, encantado con aquel Gil Blas² de carne y hueso hasta que, en una pausa de la charla, vacíos ya nuestros vasos, comentó de repente:

—¡Has llevado una vida muy divertida, Castelo!

—Sólo así se puede vivir... Eso de tener una ocupación única: salir de casa a una hora determinada y regresar a otra, aburre, ¿no te parece? ¡No sé cómo he soportado quedarme allá, en el consulado!

—Uno se cansa; pero, no es eso lo que me admira. Lo que me sorprende es que hayas tenido tantas aventuras aquí, en este Brasil estúpido y burocrático.

—¡Nada de eso, mi estimado Castro! Aquí se pueden escribir bellas páginas de vida. ¡Imagínate que yo ya fui profesor de javanés!

—¿Cuándo? ¿Aquí, después de que regresaste del consulado?

—No; antes. Y, justo por eso, fui nombrado cónsul.

—Cuéntame cómo fue. ¿Quieres otra cerveza?

—Sí.

¹ Texto publicado el 20 de abril 1911, en el periódico *A Gazeta da Tarde*.

² N. de la T.: Referencia a la novela picaresca *Gil Blas* de Santillana, escrita por el francés Alain-René Lesage entre 1715 y 1735.

Pedimos otra botella, llenamos los vasos y proseguí:

—Hacia poco que había llegado a Río de Janeiro y estaba literalmente en la miseria. Me la vivía escapando de pensión en pensión, sin saber dónde y cómo ganar dinero, cuando leí en el *Jornal do Commercio* el siguiente anuncio:

“Se solicita un profesor de lengua javanesa. Cartas, etc.”

Mira, me dije, aquí tienes un trabajo para el cual no habrá muchos candidatos; si yo entendiera cuatro palabras de esa lengua, me presentaría. Salí del café y anduve por las calles, siempre imaginándome como profesor de javanés, ganando dinero, trasladándome en tranvía y sin encuentros desagradables con los cobradores. Sin saber cómo, me encaminé hacia la Biblioteca Nacional. No sabía bien qué libro pedir; pero, entré, le entregué mi sombrero al portero, recibí la ficha y subí. En la escalera, pensé en pedir la *Grande Encyclopédie*, letra J, con el fin de consultar el apartado relativo a Java y a la lengua javanesa. Dicho y hecho. Después de unos minutos, supe que Java era una gran isla del archipiélago de la Sonda, una colonia holandesa, y el javanés, la lengua aglutinante del grupo malayo-polinesio y que poseía una literatura digna de encomios y ensayos, en caracteres derivados del antiguo alfabeto hindú.

La Encyclopédie me remitía a trabajos sobre la mencionada lengua malaya, y yo no vacilé en consultar uno de ellos. Copié el alfabeto, su pronunciación aproximada y salí. Anduve nuevamente por las calles, deambulando y repasando letras.

En mi cabeza bailaban los jeroglíficos; de cuando en cuando consultaba mis notas; entraba a los jardines y escribía estos garabatos en la arena para guardarlos bien en mi memoria y acostumbrar mi mano a trazarlos. En la noche, cuando pude entrar a la pensión sin ser visto, para evitar las indiscretas preguntas del encargado, todavía seguí repitiendo en el cuarto mi “a, b, c” malayo, y, con tal empeño me hice el propósito que, al amanecer, ya lo sabía perfectamente.

Me convencí que de aquella era la lengua más fácil del mundo y salí; aunque no tan temprano como para evitar el encuentro con el cobrador de la renta de los cuartos:

—Señor Castelo, ¿cuándo va a saldar su cuenta?
Le respondí con la más encantadora esperanza:
—En breve... Espere un poco... Tenga paciencia... Voy a ser nombrado profesor de javanés, y...

Fue justo ahí que el hombre me interrumpió:

—¿Qué demonios es eso, señor Castelo?

Quise divertirme, y me ensañé con el patriotismo del hombre:

—Es la lengua que se habla allá por los rumbos de Timor. ¿Usted sabe dónde queda?

¡Oh! ¡Alma ingenua! El hombre se olvidó de mi deuda y me dijo en aquel tono fuerte de los portugueses:

—Para ser sincero, no lo sé bien; pero oí decir que son unas tierras que tenemos por allá, cerca de Macao. ¿Usted sabía eso, señor Castelo?

Animado con esta salida afortunada que me dio el javanés, volví a buscar el anuncio. Ahí estaba. Entusiasmado, decidí proponerme como profesor del idioma oceánico. Redacté una carta, pasé por el *Jornal* y la dejé allá. En seguida, regresé a la biblioteca y continué con mis estudios de javanés. No hice grandes progresos aquel día, tal vez por juzgar el alfabeto javanés como el único saber necesario para ser profesor de la lengua malaya, o por haberme empeñado más en la bibliografía e historia literaria del idioma que pretendía enseñar.

Al cabo de dos días, recibí una carta en la que se me indicaba que debía hablar con el doctor Manuel Feliciano Soares Albernaz, barón de Jacuecanga, en la Rua Conde de Bonfim, no recuerdo bien qué número. Es importante que no te olvides que, mientras tanto, seguí perfeccionando mi malayo, es decir, el referido javanés. Además del alfabeto, aprendí el nombre de algunos autores, a preguntar y responder “¿cómo está usted?”, dos o tres reglas gramaticales y enriquecí todo ese saber con veinte palabras de léxico.

¡No puedes imaginarte las dificultades a las que me enfrenté para poder conseguir los cuatrocientos reales del viaje! Te aseguro que fue más fácil aprender javanés... Fui a pie. Llegué empapado en sudor; y, con maternal cariño,

nuestros árboles de mango, que se perfilaban en la alameda frente a la casa del caballero, me recibieron, me acogieron y me reconfortaron. En toda mi vida, ése fue el único momento en el que sentí la bondad de la naturaleza...

Era una casa enorme que parecía deshabitada; estaba maltrecha, y no sé por qué pensé que ese maltrato era más descuido y cansancio de vivir que pobreza. Hacía años que no la pintaban. Las paredes descascaradas y los aleros del tejado, de aquellas tejas vidriadas de otros tiempos, estaban rotos aquí y ahí, como dentaduras decadentes y desaliñadas.

Observé un poco el jardín y noté el vigor vengativo con el que la hierba y las espinas habían expulsado a los coleos y a las begonias. Los ricinos, sin embargo, seguían vivos con sus follajes de colores mortecinos. Llamé a la puerta. Tardaron en abrir. Finalmente, surgió un viejo negro africano, cuyas barbas y cabello de algodón daban a su figura una aguda impresión de senectud, dulzura y sufrimiento.

En la sala había una galería de retratos: arrogantes señores de barba hasta el pecho sobresalían enmarcados en inmensas molduras doradas, y dulces perfiles de señoras, con peinados recogidos en chongo y grandes abanicos, parecían querer subir por los aires, enfundadas en redondos vestidos, como globos; sin embargo, de todas aquellas cosas viejas, sobre las cuales el polvo depositaba más antigüedad y respeto, la que más me gustó fue un bello jarrón de cerámica de China o de la India, como suele decirse. La pureza de la porcelana, su fragilidad, la ingenuidad del dibujo y su brillo opaco de luna, me decían que aquel objeto había sido hecho por las manos de un niño, entre sueños, para deslumbrar los ojos fatigados de los ancianos desencantados...

Esperé un instante al dueño de la casa. Tardó un poco. Un tanto inseguro, con un gran pañuelo de algodón en la mano y aspirando venerablemente el rapé de antaño, lo vi llegar; sentí un enorme respeto. Me dieron ganas de salir. Aun cuando él no fuera el discípulo, sería siempre un crimen engañar a aquel anciano, cuya vejez hacía que mi mente lo relacionara con algo augusto y sagrado. Dudé, pero me quedé.

—Soy el profesor de javanés que usted solicitó, dije, avanzando un paso.

—Siéntese, me respondió el viejo. ¿Usted es de aquí, de Río de Janeiro?

—No, soy de Canavieiras.

—¿Cómo?, replicó. Hable un poco más alto, soy sordo.

—Soy de Canavieiras, de Bahía, insistí.

—¿Dónde hizo sus estudios?

—En São Salvador.

—Y ¿dónde aprendió el javanés?, indagó, con aquella terquedad peculiar de los viejos.

No contaba con esa pregunta, pero de inmediato inventé una mentira. Le conté que mi padre era javanés. Tripulante de un navío mercante, había llegado a Bahía y se había establecido en las cercanías de Canavieiras como pescador, donde se casó y prosperó. Con él había aprendido yo javanés.

—¿Y él te creyó? ¿Y tu fisonomía?, preguntó mi amigo, que hasta entonces había permanecido callado.

—No soy, objeté, muy diferente a un javanés. Mi cabello es lacio, fuerte y grueso y mi piel *basané*³ puede muy bien brindarme el aspecto de mestizo malayo... Tú sabes bien que, entre nosotros, hay de todo: indios, malayos, tahitianos, malgaches, guanches y hasta godos. Es una mezcla de razas y tipos de provocar la envidia del mundo entero.

—De acuerdo, amigo mío, continua.

—El viejo, proseguí, me escuchó atentamente, estudió cuidadosamente mi físico, parecía que en efecto me reconocía como hijo de malayo y me preguntó con dulzura:

—Entonces, ¿está usted dispuesto a enseñarme javanés?

La respuesta me salió sin querer:

—Desde luego.

—A usted le debe parecer extraño, añadió el barón de Jacuecanga, que yo, a esta edad, todavía quiera aprender algo más, pero...

³ Morena.

—No me extraña en absoluto. Se han visto muchos ejemplos de lo más fecundos...

—Lo que deseo, mi estimado señor...

—Castelo, agregué.

—Lo que deseo, mi estimado señor Castelo, es cumplir un juramento de familia. No sé si usted sabe que soy nieto del consejero Albernaz, aquel que acompañó a Pedro I, cuando abdicó. Pues bien, cuando mi abuelo regresó de Londres, trajo consigo un libro escrito en una lengua extraña, por el cual sentía un gran aprecio. Había pertenecido a un hindú o siamés que se lo había obsequiado en Londres, en agradecimiento a no sé qué servicio prestado por mi abuelo. Ya a punto de morir mi antepasado, llamó a mi padre y le dijo: “Hijo, tengo este libro, escrito en javanés. Quien me lo dio dijo que aleja las desgracias y trae felicidades a quien lo posee. Yo no sé si será verdad. En todo caso, consévalo; pero, si quieres que la ventura que pronosticó el sabio oriental se cumpla, haz que tu hijo lo entienda para que siempre nuestra familia sea feliz”. Mi padre, continuó el viejo barón, no creyó mucho en aquella historia; sin embargo, guardó el libro. Y ya a las puertas de la muerte, me lo dio y me contó lo que él le había prometido a su padre. Al principio, poca importancia le di a la historia del libro. Lo puse en un rincón y construí mi vida. Llegué hasta a olvidarme de él; pero, en los últimos tiempos, he tenido tantos disgustos, tantas desgracias han caído sobre mi vejez, que me acordé del talismán de la familia. Tengo que leerlo, que comprenderlo, si no quiero que mis últimos días anuncien el desastre de mi posteridad; y, para entenderlo, es obvio, necesito saber javanés. Eso es todo.

Guardó silencio y yo noté que los ojos del viejo estaban húmedos. Enjugó discretamente sus lágrimas y me preguntó si quería ver el libro. Le respondí que sí. Llamó al criado, le dio las instrucciones y me explicó que había perdido a todos sus hijos y sobrinos, sólo le quedaba una hija casada, cuya descendencia se reducía a un único hijo, débil de cuerpo y de salud frágil e inestable.

El libro llegó. Era un viejo infolio, un *in-quarto*⁴ antiguo, encuadernado en cuero, impreso en letras grandes, en papel amarillento y grueso. Le faltaba la portada y por eso no se podía saber la fecha de su impresión. Conservaba aún unas páginas del prefacio, escritas en inglés, donde leí que se trataba de las historias del príncipe Kulanga, escritor javanés de mucho mérito.

De inmediato informé de esto al viejo barón que, sin darse cuenta de que yo había entendido eso por el inglés, se quedó convencido de mis amplios conocimientos del malayo. Estuve hojeando el volumen, con aires de quien tiene un saber magistral de aquella lengua extraña, hasta que, por fin, acordamos las condiciones del pago y la hora, comprometiéndome a lograr que, antes de un año, él pudiera leer aquel mamotreto.

Al poco tiempo, daba mi primera lección, sólo que el viejo no resultó tan diligente como yo. No lograba aprender a distinguir ni escribir ni siquiera cuatro letras. En resumen, con la mitad del alfabeto nos llevamos un mes, y el señor barón de Jacuecanga no lograba asimilar el conocimiento: aprendía y desaprendía.

La hija y el yerno (me pareció que hasta entonces no sabían nada de la historia del libro), cuando se enteraron de los estudios del viejo, no se molestaron. Les pareció curioso, y consideraron que era algo bueno para distraerlo.

Pero con lo que vas a quedar sorprendido, mi estimado Castro, es con la admiración que el yerno sintió por el profesor de javanés. ¡Algo único! No se cansaba de repetir: “¡Es asombroso! ¡Tan joven! ¡Si yo supiera lo que él sabe, ah! ¡Quién sabe dónde estaría!”

El marido de doña Maria da Glória (así se llamaba la hija del barón) era juez de segunda instancia, hombre de relaciones y poderoso; sin embargo, no ocultaba ante todo el mundo su admiración por mi javanés. Por otro lado, el barón estaba contentísimo. Pasados dos meses, el hombre desistió de

⁴ N. de la T.: Un *in-quarto* es el cuadernillo que resulta al doblar dos veces una hoja de papel.

aprender y me pidió que le tradujera, tres veces por semana, un fragmento del libro encantado. Con entenderlo era suficiente, me dijo; nada se oponía a que otro lo tradujera y él escuchara. Así evitaba la fatiga del estudio y cumplía su promesa.

Sabes bien que hasta hoy no sé nada de javanés, pero inventé unas historias muy tontas y se las conté al viejo como si fueran del cronicón⁵. ¡Y cómo escuchaba aquellas tonterías!...

Se quedaba extasiado, como si estuviera escuchando las palabras de un ángel. ¡Y yo crecía ante sus ojos!

Me llevó a vivir a su casa, me llenaba de regalos, me aumentaba el pago. En resumen, llevaba yo una vida placentera.

Para eso, mucho contribuyó el hecho de que él hubiera recibido la herencia de un pariente olvidado que vivía en Portugal. El buen viejo atribuyó tal suerte a mi javanés; y yo estuve a punto de creerlo también.

Mis remordimientos fueron desapareciendo; pero, aun así, siempre tuve miedo de que apareciera ante mí alguien que conociera el idioma del famoso amuleto. Y ése era mi mayor temor, cuando el dulce barón me mandó con una carta con el vizconde de Caruru, para que me incorporara a la diplomacia. Puse todas las objeciones: mi fealdad, mi falta de elegancia, mi aspecto tagalo⁶. “¡Eso no importa!, replicaba él. Vaya, muchacho; ¡usted sabe javanés!” Fui. El vizconde me mandó a la Secretaría de Asuntos Extranjeros con diversas recomendaciones. ¡Fue un éxito!

El director llamó a los jefes de sección: “Vean nada más, un hombre que sabe javanés, ¡qué portento!”

Los jefes de sección me llevaron con los oficiales y los amanuenses, y uno de ellos me miró más con odio que con envidia o admiración. Y todos decían: “¿Así que sabe javanés? ¿Es difícil? ¡Aquí no hay nadie que lo hable!”.

El referido amanuense, que me miró con odio, intervino entonces: “Es cierto, pero yo sé canaque. ¿Usted sabe qué

⁵ N. de la T.: Designación de las voluminosas crónicas medievales.

⁶ N. de la T.: Tagalo, natural de la isla Luzón, en la Filipinas.

lengua es esa?” Yo le respondí que no y me encaminé hacia el ministro.

El importante hombre se puso de pie, se llevó las manos a las caderas, se ajustó el *pince-nez*⁷ y preguntó: “¿Así que usted sabe javanés?” le respondí que sí; y, a su pregunta de dónde lo había aprendido, le conté la historia del padre javanés. “Bien, me dijo el ministro, usted no puede entrar a la diplomacia; su físico no le ayuda... Lo mejor sería un consulado en Asia o en Oceanía. De momento no hay vacantes, pero voy a hacer unos ajustes para que usted entre. De hoy en adelante, empero, queda asignado a mi secretaría y quiero que, en este año, viaje usted a Bali, donde va a representar a Brasil en el Congreso de Lingüística. ¡Estudie, lea a Hovelacque,⁸ a Max Müller⁹ y a otros!”

¡Imagínate nada más, yo, que hasta entonces no sabía nada de javanés, tenía ya un empleo e iría a representar a Brasil en un congreso de sabios!

El viejo barón murió, le entregó el libro a su yerno para que se lo hiciera llegar a su nieto, cuando tuviera la edad apropiada y dejó algo para mí en su testamento.

Me empeñé con afán en el estudio de las leguas malayo-polinesias; ¡pero no había cómo avanzar!

Bien comido, bien vestido y bien dormido, no tenía la energía suficiente para meterme en la cabeza aquellas cosas raras. Compré libros y me suscribí a revistas: *Revue Anthropologique et Linguistique*, *Proceedings of the English-Oceanic Association*, *Archivio Glottologico Italiano*, y mil cosas más, ¡pero nada! Y mi fama crecía. En la calle, los enterados me señalaban, diciendo a los demás: “Allá va el sujeto que sabe javanés.” En las librerías, los gramáticos me consultaban sobre la colocación de los pronombres en la jerga de las islas de la Sonda. Recibía cartas de los eruditos del interior, los periódicos citaban mi saber y me

⁷ N. de la T.: Lentas sujetos a la nariz por una pinza.

⁸ N. de la T.: Abel Hovelacque (1846-1896), lingüista y antropólogo francés.

⁹ N. de la T.: Friedrich Max Müller (1823-1900), filólogo y orientalista alemán, fundador de la mitología comparada.

rehusé a aceptar a un grupo de alumnos ansiosos de entender el famoso javanés. Por invitación de la redacción, escribí para el *Jornal do Commercio* un artículo a cuatro columnas sobre la literatura javanesa antigua y moderna...

—Y ¿cómo, si tu no sabías nada?, me interrumpió el atento Castro.

—Muy fácil: primero, describí la isla de Java, con el apoyo de diccionarios y unas cuantas geografías, y después cité a más no poder.

—¿Y nunca dudaron?, preguntó mi amigo.

—Nunca. Es decir, una vez casi me vi perdido. La policía aprehendió a un sujeto, un marinero, un tipo bronceado que sólo hablaba una lengua extraña. Llamaron a diversos intérpretes, nadie lo entendía. Yo también fui llamado, con todo el respeto que mi sabiduría merecía, naturalmente. Me tardé en acudir, pero finalmente fui. El hombre ya había sido liberado, gracias a la intervención del cónsul holandés, con quien él se dio a entender por una decena de palabras holandesas. El marinero era javanés —¡Uf!

Por fin llegó la fecha del congreso, y viajé a Europa. ¡Qué maravilla! Asistí a la inauguración y a las sesiones preparatorias. Me inscribieron en las mesas sobre el tupí-guaraní¹⁰ y me trasladé a París. Antes, sin embargo, mandé publicar en el *Mensagemiro de Bâle* mi retrato, notas biográficas y bibliográficas. Cuando volví, el presidente me pidió disculpas por haberme enviado a aquella sección; no conocía mis trabajos y había considerado que, por ser yo un americano-brasileño, me correspondía naturalmente la mencionada sección del tupí-guaraní. Acepté las explicaciones y hasta ahora aún no he podido escribir mis obras sobre el javanés, para enviárselas, como le prometí.

Una vez terminado el congreso, hice publicar extractos del artículo del *Mensagemiro de Bâle*, en Berlín, en Turín y en

¹⁰ N. de la T.: Tupí-guaraní, es una de las cincuenta y tres lenguas indígenas que integran la familia denominada macro-tupí, y que se hablaban o hablan en Argentina, Brasil, Bolivia, Guyana Francesa, Paraguay, Perú y Venezuela..

París, donde los lectores de mis obras me ofrecieron un banquete, presidido por el senador Gorot. Toda esa patraña, incluido el banquete que me fue ofrecido, me costó cerca de diez mil francos, casi toda la herencia del crédulo y buen barón de Jacuecanga.

No fueron tiempo ni dinero perdidos. Me transformé en una gloria nacional y, al desembarcar en el muelle Pharoux, en la Praça Quinze, recibí una ovación de todas las clases sociales y, días después, el presidente de la República me invitaba a almorzar con él.

Pasados seis meses, fui nombrado cónsul en La Habana, donde estuve seis años y a donde he de volver, a fin de perfeccionar mis estudios de las lenguas de Malasia, Melanesia y Polinesia.

—¡Es fantástico!, exclamó Castro, tomando su vaso de cerveza.

—Mira: si no estuviera contento con mi carrera, ¿sabes qué sería ahora?

—¿Qué?

—Un eminente bacteriólogo. ¿Nos vamos?

—Sí.



EL HOMBRE QUE SABÍA JAVANÉS Y OTROS RELATOS

Se terminó de imprimir el 10 de septiembre de 2019, en los talleres de AVZA DIGITAL, ubicados en Ignacio Allende 105, colonia Guadalupe del Moral, Iztapalapa, c.p. 09300 en la Ciudad de México. El tiraje fue de 1,000 ejemplares que se imprimieron en papel Cultural ahuesado de 90 g/m² a una tinta y cartulina Domtar Lynx Opaque de 270 g/m² para los forros en tres tintas directas.

Para su composición se utilizó la familia SABON (nombre que se debe a Jacques Sabon, fundidor francés que trabajó en Frankfurt con matrices originales de Garamond), diseñada por Jan Tschichold en 1967 para D. Stempel Linotype GmbH and Monotype y Gotham diseñada por Jonathan Hoefler & Tobias Frere-Jones en 2000.

La formación de interiores fue realizada por Vanilla planifolia y el cuidado de edición estuvo a cargo de Claudia Itzkowich Schñadower y Rodrigo Fernández de Gortari.

CIUDAD DE MÉXICO, MMXIX